

Javier Guerrero Rivera \*  
Patricia Jaramillo Velez \*\*

## POLIFONÍA EN *EL CARNERO*: LA IDENTIDAD DEL NUEVO REINO DE GRANADA

### INTRODUCCIÓN

El análisis sobre *El Carnero* ha comprometido a los estudiosos de la obra en torno a la pregunta sobre el género, pregunta que supera los límites puramente formales, de preceptiva, si se tienen en cuenta las conclusiones de Bajtín sobre la naturaleza de la palabra y su relación con diferentes formaciones ideológicas<sup>1</sup>, y los aportes más recientes de analistas del discurso como Walter Mignolo<sup>2</sup>.

La aproximación de este último es de utilidad debido al minucioso recorrido que realiza sobre las distintas formaciones discursivas de la época del descubrimiento, conquista y colonización de Hispanoamérica. Su análisis parte del estudio de tres tipos discursivos – cartas, relaciones y crónicas -. Para el objeto del presente trabajo, y dado el carácter de “cronista” que se le ha asignado a Rodríguez Freile, es pertinente el seguimiento de sus afirmaciones, así como la diferenciación establecida por Mignolo en las concepciones de la época de producción del texto sobre “historia” y “crónica”.

La primera característica distintiva clara es entre las cartas y las relaciones, que son resultado de “un acto secundario, siendo el principal el de descubrir”<sup>3</sup>, o el de informar sobre el pedido hecho por los Reyes, mientras que en la crónica y la historia, la finalidad es establecer un acto comunicativo: “quien escribe *historia* no lo hace, como en el caso de las *cartas* y *relaciones*, sólo por la obligación de informar, sino que lo hace aceptando el *fin* que la caracteriza y la distingue(...) un nivel filosófico y, por otro [lado], público”<sup>4</sup>, (a lo largo del ensayo, los subrayados serán nuestros).

Ahora bien, la concepción medieval de “crónica” la limitaba a la escueta enumeración de hechos ordenados cronológicamente. Sin embargo, estos tipos discursivos sufrieron una transformación en América, y se estableció, a partir de ambos, un “género híbrido”, en el que la relación cronológica de los hechos se contaminó de las finalidades filosóficas y públicas, así como de las exigencias del

\* Profesor de la Facultad de Humanidades de la Universidad Pedagógica Nacional de Bogotá.

\*\* Profesora de la Escuela de Formación de Actores del Teatro Libre de Bogotá

<sup>1</sup> BAJTIN, Mijail. Teoría y estética de la novela. Trabajos de investigación, Madrid: Taurus, 1989.

Problemas de la poética de Dostoievsky, Colombia: Fondo de Cultura Económica, primera reimpresión, 1993.

<sup>2</sup> Walter Mignolo, *Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista*, en *Historia de la literatura hispanoamericana*, Madrid: Editorial Cátedra, vol. I, 1982.

<sup>3</sup> Idem, pág. 63.

<sup>4</sup> Idem, pág. 77.

“buen decir” del género historiográfico. Como dice Mignolo: “En tercer término nos ocuparemos de la *crónica* en relación con la *historia* puesto que, como sugeriremos los ‘cronistas indianos’ no escribieron en realidad ‘crónicas’: y, en la mayoría de los casos en que el vocablo se emplea, lo hace como sinónimo de *historia*”<sup>5</sup>. Con el agravante que las condiciones sociales de los territorios de ultramar añadían al ejercicio de las letras: “(...) la escritura de la historia no puede dejarse en manos de cualquiera, sino de los *letrados*. No obstante la historiografía indiana brinda una excepción a la regla dadas las circunstancias históricas que hace a capitanes y soldados tomar a su cargo una tarea que no están en condiciones de hacer”<sup>6</sup>. Aunque este no es el caso de Rodríguez Freile, quien sí parece haber tenido una formación en las letras.

Esta caracterización de “género híbrido” también ha sido abordada, desde otro punto de vista, por Héctor Orjuela quien afirma: “(...) la épica, la crónica y la historia se impregnaron de fantasía y de ese extraño dualismo en que se amalgaman lo real con lo inverosímil (...) lo ficticio-novelesco abundó extraordinariamente, llegando a veces a dominar la mente del autor, el espíritu del relato, y la misma estructura de las obras, (...) tal predominio de lo imaginativo sobre lo objetivo, de lo fantástico sobre lo real, de lo narrativo sobre lo puramente descriptivo o discursivo, es lo que distingue el numeroso grupo de obras que merecen ser consideradas anticipos coloniales del género narrativo en Hispanoamérica”<sup>7</sup>.

El caso de *El Carnero* es todavía más complicado, como lo testimonia la discusión teórica sobre el género que ha planteado. Citamos algunos ejemplos:

Para Oscar Gerardo Ramos, Rodríguez Freile es historiador, cronista, moralista, novelador, pero su característica primordial es la de cuentista o “historielista”: “Los cuentos coloniales o historielas ocupan no sólo el mayor conjunto de páginas sino la energía literaria del escritor”<sup>8</sup>.

Camacho Guizado, por su parte, afirma: “Aquí creemos más aceptable la tesis de que en *El Carnero* se cruza y enlaza un factor puramente historiográfico con otro novelístico”<sup>9</sup>.

Héctor Orjuela lo califica como un libro de “acusada índole cuentística”, al preguntarse por la evolución del género narrativo en Hispanoamérica que, según él, debe “buscarse en la ética, en la crónica, o en libros que participan de varios géneros”<sup>10</sup>.

---

<sup>5</sup> Idem, pág. 59.

<sup>6</sup> Idem, pág. 78.

<sup>7</sup> Héctor Orjuela, Ensayos de interpretación y crítica. Literatura hispanoamericana, Bogotá: ICC, 1980, pág. 44.

<sup>8</sup> Oscar Gerardo Ramos, *El Carnero*. Libro único de la Colonia, en *El Carnero* de Juan Rodríguez Freyle, Medellín: Bedout S. A., 1968, pág. 35.

<sup>9</sup> Eduardo Camacho Guizado, Juan Rodríguez Freyle, en *Sobre literatura colombiana e hispanoamericana*, Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1978, pág. 150.

<sup>10</sup> Héctor Orjuela, Op. cit., pág. 45.

Alessandro Martinengo intenta un análisis del libro como unidad estructural: “(...) el punto de vista tradicional, que ve en *El Carnero* un cuento o una serie de cuentos preferentemente narrativos según algunos, dramáticos según otros, más o menos trabados y obstaculizados en su libre desarrollo por partes eruditas, pedantescas; al contrario, cuando la postura más correcta es la de considerar las partes narrativas como elementos insertados en un marco más amplio, el cual es tan importante para el autor (...) como las partes propiamente narrativas”<sup>11</sup>.

Ello, sumado a las características de época que condicionan el discurso de *El Carnero*, nos lleva a compartir la tesis de Mignolo, quien prefiere evitar “la clasificación rígida de los textos” para, más bien, “tomarlos en su ambigüedad”<sup>12</sup>; para él, la obra que “tiene como objetivo ‘guardar memoria’ de los hechos de la región de Nueva Granada, parece tener como modelo antecedente un tipo discursivo, (...), representado por las relaciones diferentes a las oficiales (...): La del soldado que, en el siglo XVI, escribe sus experiencias, relata, hace relación de hechos que le parecen dignos de memoria, pero sabiendo, al mismo tiempo, que su acto no se inscribe en ningún molde institucional, sino que es producto de las circunstancias.”<sup>13</sup>

Ahora bien, si aceptamos la definición que hace Voloshinov de la *expresión*, como “determinada por las condiciones de un habla determinada, principalmente por su *situación social inmediata*”<sup>14</sup>, podemos pensar que las condiciones socioeconómicas de la colonia en Hispanoamérica ciertamente determinaron el surgimiento de esos “géneros híbridos”, producto de una sociedad en formación en la cual los parámetros desarrollados en un proceso paulatino y espontáneo en Europa, se asumieron bajo condiciones de dominación y premura en el Nuevo Mundo, amalgamados caóticamente con elementos de la cultura autóctona. Esto explica la convivencia de valores, usos y tipos discursivos diferentes a los clasificados normativamente. Explica, entonces, también, la forma de ser de *El Carnero*, un libro que buscaba, como ninguno de sus contemporáneos, la naturaleza de la identidad americana.

## LA BÚSQUEDA DE LA IDENTIDAD

En *El Carnero*, a través de su hibridismo, conjugación del elemento ficticio, retórico histórico, su autor pretende plasmar los inicios de una “esencia” americana, una identidad de lo neogranadino y, en general, del Nuevo Mundo. El texto como parte de la organización discursiva de los períodos de colonia y conquista llega a estar impregnado tanto de las normas retóricas que regían la

<sup>11</sup> Martinengo, La Cultura literaria de Juan Rodríguez Freyle, en Thesaurus, Bogotá: BICC, tomo XIX, 1964, núm. 2. Pág. 276.

<sup>12</sup> Walter Mignolo, Op. dt. Pág. 98.

<sup>13</sup> Idem, pág. 101.

<sup>14</sup> Expresión: “(...) algo que, habiéndose formado definido de alguna manera en la psiquis de un individuo, es objetivado exteriormente para otros con la ayuda de ciertos signos externos”. Voloshinov, Valentín N., El signo ideológico y la filosofía del lenguaje, Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 18976, pág. 106 y 107.

producción de la época, las determinaciones y dependencias de la corona, como de elementos ya nacidos en América del transplante de toda una cultura y que por lo tanto conducen a crear un sentido de pertenencia e identidad.

Este deseo está expreso en el hecho de que Freile en la “introducción” quiere evitar que los hechos y noticias se queden en el olvido; quiere, por el contrario, dejar memoria de “mi patria”<sup>15</sup>, conservar el pasado de una sociedad –“(…) lo que en este nuevo reino aconteció, así en su conquista como antes de ella” [3]- en la que predominaba la tradición oral, pues entre sus “moradores no se ha hallado alguno (a) que supiera leer, ni tuviese algunos caracteres, ni otros modos con que significar sus hechos (…)” [14].

Se aprecia, por un lado, que el posesivo “mi” reivindica el problema de la identidad y la pertenencia y, por el otro, la delimitación espacial -“patria”-, que del mismo modo reivindica una identidad territorial. Como afirma Mignolo: “la identidad social y cultural de un grupo humano se construye descriptivamente en un discurso que lo sitúa en un espacio delimitado por fronteras geográficas y cronológicas”<sup>16</sup>.

*El Carnero*, como construcción discursiva, representa un tipo específico de discurso colonial en el cual el autor, como sujeto colonial criollo, quiere comenzar a buscar un tipo de identidad expresa a través, por un lado, de la temática indígena y, por el otro, de la presentación de la cotidianidad específica de una nueva sociedad y de las permanentes críticas al sistema burocrático administrativo español y sus permanentes abusos en todos los ámbitos. *El Carnero* es así un signo discursivo que ha fijado y transmitido el sentido de identidad del sujeto colonial del Nuevo Reino de Granada.

Esta preocupación por dar fe sobre una realidad hasta ahora no nombrada y que es una búsqueda de lo propio, de la identidad de América, y que constituye el rasgo de originalidad del texto de Rodríguez Freile, hace comprensibles las afirmaciones de la brasileña Irlemar Chiampi cuando dice: “La indignación sobre lo que es América ha sido, sistemáticamente, la fuerza propulsora y profundamente vitalista del pensamiento hispanoamericano. El interés por interpretar el ‘ser americano’ ha producido un discurso incesante y coherente que, (...) engendró el fenómeno de la angustia mestiza (...)”<sup>17</sup>.

En este sentido, la obra de Rodríguez muestra un mundo narrado desde dentro que se contrapone a la *imagen de América* prefigurada por los europeos, que

<sup>15</sup> Juan Rodríguez Freile, *El Camero según el manuscrito de Yerbabuena*, Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1984, pág. 3 –12. En adelante se utilizará esta edición y las páginas citadas aparecerán entre paréntesis cuadrados.

<sup>16</sup> Walter Mignolo, *La lengua, la letra, el territorio (o crisis de los estudios literarios coloniales)*, en Michigan: Dispositio. Revista de Semiótica Literaria, Vol. XI, núm. 28 – 29, 1986. Estas fronteras están delimitadas con precisión en el texto: “(...) que han sido de este reino desde el año de 1538 en que se conquistó, hasta el presente de 1638, que se cumplen los cien años de la conquista” [299].

<sup>17</sup> Irlemar Chiampi, *El realismo maravilloso*, Caracas: Monte Avila Editores, 1983, p. 121.

según Alfonso Reyes “fue la invención de los poetas, la charada de los geógrafos, la habladería de los aventureros, la codicia de las empresas y, en suma, un inexplicable apetito y un impulso por trascender los límites”<sup>18</sup>.

### LA INSTANCIA COMUNICATIVA EN EL CARNERO.

*El Carnero* es un texto complejo. Esta característica se lee ya en el título, sobre el que hay varias versiones y explicaciones. El que se consigna en la edición del Instituto Caro y Cuervo está compuesto por dos macrotemas principales:

“Historia del Camero,”

1. “ en que se cuentan quienes fueron los conquistadores y pobladores de los principales lugares de este Nuevo Reino de Granada, venida de los primeros presidentes, arzobispos, oidores y jueces de residencia,”
2. “como también varios casos trágicos y ruidosos, que acaecieron en la ciudad de Santa fe y Tunja, de que aún se ven hoy en día algunos rastros y señales que ayudan a satisfacer al lector” [1].

En la primera edición aparecida en *El Mosaico*<sup>19</sup>, no obstante, además de las variantes y extensiones de contenido de los dos macrotemas señalados, se leería un tercero:

3. “que van en la historia para ejemplo, i no para imitarlos, por el daño de la conciencia”.

Con eso, encontramos las direcciones temáticas principales de la obra, temáticas que han sido una de las causas de la discusión en torno al género de la creación de Rodríguez Freile, y que establecen, a su vez, las correspondencias con las **voces** principales que se expresan allí: la del cronista, la del súbdito-criollo y la del moralista<sup>20</sup>.

Pero, su complejidad tiene que ver también con el problema de la **recepción**, puesto que por el hecho de haber circulado en manuscrito durante 200 años se desarrolló *una historia del texto*, independiente de las circunstancias mismas de su producción. Es así como podemos leer hoy en día la evolución misma del diálogo de la obra con distintos momentos históricos, a través de las versiones y comentarios de los copistas, que en muchos casos critican al autor. Por ejemplo,

<sup>18</sup> Citado por Irlemar Chiampi en Op. cit, pág. 124.

<sup>19</sup> Véase facsímiles de la portada de la primera edición (Bogotá, 1859) y del aviso correspondiente, en la edición del ICC, 1984, pág. 144 y 160.

<sup>20</sup> Hemos asumido la caracterización de las voces presentada por el Lingüista Luis Alfonso Ramírez Peña en su ponencia “*De la oralidad a la escritura*” leída en el simposio: Texto e imagen: las transformaciones del discurso literario y científico en América Latina”, realizado en el Planetario Distrital de Bogotá entre el 2 y el 5 de mayo de 1995. Con la variante sobre la voz del súbdito que nosotros caracterizamos como súbdito – criollo.

a la afirmación sobre el siglo Dorado de los indígenas antes de la Conquista, el copista escribe: “yo digo por el contrario, que para ellos todo el tiempo, que corrió hasta la conquista, fue de hierro, por la ceguedad y dura opresión en que los tuvo el demonio (...)” [64].

Sin embargo, el aspecto más relevante de la complejidad de una obra como *El Carnero* tiene que ver con su **construcción polifónica** y con el tipo de **acto comunicativo** que se establece allí: la consciente y continua apelación que el cronista hace a su interlocutor.

Hemos afirmado que en la obra se aprecian tres voces principales, pero estas se descomponen a su vez. Ello hace que el texto sea un tramado compuesto de juicios de valor sobre la realidad, juicios que son producto de la situación de colonizaje a la que nos referimos anteriormente.

Desde el principio, en el título-programa se puede observar la presencia de las tres voces que determinan, por un lado la complejidad de la obra y, por el otro, la hibridación y, por lo mismo, su originalidad. Antes de pasar a interpretar estas tres voces es necesario aclarar que su separación no implica un rompimiento total, pues ellas tres constituyen un entramado dialéctico indivisible en su esencia e intencionalidad. Además, a través de su análisis cada una representará las tres esferas del mundo de la vida que señalan Husserl-Habermas, es decir, los tres niveles constitutivos del discurso.

### LA VOZ DEL CRONISTA

Tanto en la edición del ICC como en la de *El Mosaico* es clara la intención que Freile tiene de contar los hechos reales acaecidos. Se lee así: “Conquista i descubrimiento del Nuevo Reino de Granada y fundación de la ciudad de Santa fe de Bogotá”. O: “se cuenta quienes fueron los conquistadores y pobladores de los principales lugares de este Nuevo Reino de Granada, venida de los primeros presidentes, arzobispos, oidores y jueces de residencia (...)” [1]. Se observa, entonces, la intención de querer dar noticia de los hechos determinantes y bien delimitados cronológicamente: el Descubrimiento y la Conquista. Así mismo hay precisión en delimitar un espacio geográfico en el cual ocurren otros hechos que naturalmente son consecuencia de los eventos ya señalados. Se percibe, pues, que este marco de precisiones cronológicas y espaciales son la osatura o ámbito en el cual se inscribirán las demás voces y eventos. La voz de cronista salpica toda la obra, en algunos casos de manera más acentuada que en otros. Ahora bien, esta voz se puede percibir a través de diferentes aspectos que señalaremos a continuación.

En primer lugar, lo señalado en el título-programa, junto con las diferentes fechas, nombres de conquistadores, soldados y administradores, son elementos que muestran un afán de precisión para dar credibilidad sobre acontecimientos del *mundo objetivo*, y que como tales, tienen una función puramente referencial. Entre ellos pueden señalarse el Descubrimiento que Cristóbal Colón hizo del Nuevo

Mundo; los primeros conquistadores, quién los envió, gobernadores de Santa Marta y de este reino, nombramiento de Jiménez de Quesada como teniente en 1538; sobre la gobernación de Cartagena y Pedro de Heredia; la importancia de Cartagena para este reino; expediciones, número de soldados, dificultades; el encuentro en la sabana de Bogotá de tres ejércitos comandados por Quesada, Belalcázar y Federmán, y sus pactos; fundación de algunas ciudades de este reino; fundación y funcionamiento de la Real Audiencia; primeros presidentes, gobernadores, oidores, arzobispos y prebendados, que se ilustran en catálogos completos y minuciosos.

De esta manera plasma los sucesos acaecidos linealmente durante un período de cien años que comprende desde 1538 hasta 1638. Todos estos datos históricos, minucias y detalles, tiene mayor presencia al principio de la obra hasta el capítulo séptimo, a partir del cual ese dato histórico se va desvaneciendo para dar paso a hechos más *subjetivos* y de otra índole, es decir, la historia oficial ha cedido para dar paso a la *historia privada* de un espacio mucho más particular: Bogotá y Tunja. El dato histórico sirve así como pretexto para una narración que, partiendo de lo referencial, se subjetiviza. Este dato histórico vuelve a primer plano solamente al final de la crónica donde, como al comienzo, hace relación en dos catálogos “de gobernadores, presidentes, visitadores, oidores, arzobispos y prebendados que han sido de este reino desde el año de 1538 en que se conquistó, hasta el presente de 1638, que se cumplan los cien años de la conquista” [299-312].

En segundo lugar, Freile quiere acentuar su voz de cronista contando también la historia de los naturales, insertándola, a su vez, dentro de una órbita más amplia, es decir, universalizándola; esta tiene tanta importancia como los datos señalados en el apartado anterior, la pone al nivel de la historia de los españoles conquistadores y colonizadores; por ello se “refiere al Guatavita, quien fue el Bogotá, cuál de los dos tenía la monarquía de este reino, quién la de Tunja y su partido. Cuéntase asimismo el orden y estilo que tenían en nombrar caciques, y de dónde se originó este nombre [del Dorado]” [14]. Además, sus guerras, ritos y ceremonias, santuarios y casas de devoción. Este afán historiográfico, donde igualmente hay precisiones cronológicas, especiales y onomásticas dan cuenta de otro protagonista de la historia: el indígena. Entonces el tema indiano entra al escenario, y con ello, se ve la búsqueda de las raíces e identidad americanas. En tercer lugar, el afán de historiador se halla igualmente en la utilización de recursos que Freile, sin haber seguido propiamente un canon del discurso historiográfico, usa, en principio, para hacer creer a los lectores que lo que allí se cuenta tiene toda la autenticidad y legalidad, es decir, que se trata de hechos absolutamente verdaderos.

La historia del Nuevo Mundo se inscribe dentro de la historia universal de la salvación por estar autorizada, en primera instancia, por la voz divina al iniciarse la crónica dando “dobladas gracias” a Dios, no solo por los beneficios recibidos, fruto de su “bondad y amor a la naturaleza humana, no menos que para conservar la memoria de los beneficios recibidos de su mano y juntamente con eso tuviésemos

noticia de las cosas pasadas (...) los hombres aprovechándose de esta doctrinas fueron siempre dando al mundo noticia de lo pasado [3].

Además, Freile autentica su voz remitiendo a otros cronistas como a Fray Pedro Simón y Juan de Castellanos. Al encontrar que nadie ha dado noticia de este Nuevo Reino dice: “(...) por lo que me animé yo a decirlo, aunque en tosco estilo, diré la razón sucinta y verdadera sin el ornato retórico que piden las historias, ni tampoco llevará ficciones poéticas; porque sólo se hallará en ella desnuda la verdad (...)” [4]. Igualmente, quiere mostrarse historiador cuando en algunos pasajes asegura dar cuenta desde “los primeros pobladores hasta la era presente en que se escribe, y en que corre el año de 1636” [7]. En este mismo sentido pueden tomarse casos en los que el autor, a partir de su propia experiencia, como testigo presencial, narra acontecimientos: “(...) de repente, una mañana a la madrugada al pasar yo por allí, yendo a la escuela (...)” [107]; o, “si este caso no tuviera tantos testigos, no me atreviera a referirlo(...)” [104]. De la misma forma sucede cuando simultáneamente va dando datos de su autobiografía [49, 63, etc.], o cuando remite a autos [88, 90, etc.].

Particular importancia tiene la utilización de otra voz que le confiera la legalidad para contar la verdad; esta voz es la del cacique Don Juan: “páreceme que algún curioso me apunta con el dedo y me pregunta ¿qué de dónde supe estas ambigüedades? Pues tengo dicho que entre estos naturales no hubo quien escribiera... y entre los muchos amigos que tuve, fue uno Don Juan, cacique y señor de Guatavita (...) y me refirió esto con las noticias siguientes.” [16, además 57, 58, etc.].

En cuarto y último lugar, Freile es consciente de que no solo tiene la obligación de informar, sino que tiene que “(...) conservar la memoria de las cosas pasadas (...)” [3], pues, “En todo lo descubierto en las Indias Occidentales (...) ni entre sus naciones y moradores no se ha hallado alguna que supiera leer, ni tuviese algunos caracteres, ni otros modos con que poder significar sus hechos, leyes y costumbres a sus posteridades (...) de donde se puede decir que, donde faltan letras, falta un método historial, y faltando esto, falta la memoria de lo pasado, si no es que por relaciones pasen las noticias de unos a otros. Hace la conclusión a mi propósito, para probar mi intención” [14]. Es decir que, Freile al escribir historia lo hace “aceptando el fin que la caracteriza y distingue”<sup>21</sup>.

Tal fin, en el nivel filosófico, se ocupa de verdades particulares, y en el público, estas verdades son rescatadas en una memoria para bien de la comunidad, lo cual lleva a ver *El Carnero* como un “texto”, es decir, como “un acto verbal conservado en la memoria colectiva y de alta significación de una cultura”<sup>22</sup>.

<sup>21</sup> Walter Mignolo, *Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista*, ed. cit, pág. 77.

<sup>22</sup> *Ibid*, pág. 57.



## LA VOZ DEL SÚBDITO – CRIOLLO.

Freile, como **sujeto enunciador**, expresa un contenido pragmática a través del cual, por un lado, hace denuncia manifestando así un sentido de identidad y pertenencia y, por el otro, reconoce aún su independencia o sumisión a la Corona Española, y con ello, la singularidad de su mundo. Esta voz es quizá la que aparece más oculta, o de la cual se puede decir con Susan Heman que la crónica no sólo “está escrita en código, sino que también le da la clave para descifrarla (...)”<sup>23</sup>. Esta actitud debe entenderse así por las propias circunstancias sociopolíticas y religiosas del momento en que el enunciador emite su discurso.

En algunos de los aspectos señalados arriba, con respecto a la “memoria”, se inicia la presencia del criollo; por ello, justamente, quiere dar “noticias de las cosas pasadas”; “no ser desagradecido a mi patria”; “y para que del todo no se pierda su memoria y se sepulte en el olvido, quise dar noticia de este Nuevo Reino”. Muestra así una reivindicación con un tiempo y un espacio a los cuales “se debe” y pertenece, y en su agradecimiento quiere dejar memoria de ello.

A partir del capítulo VII, se acentúa la voz criolla de denuncia y crítica a la anarquía administrativa impuesta desde España, a través de la narración de “casos” particulares privados ocurridos en Bogotá y Tunja. Esta serie de cuentos intercalados entre datos históricos, generalmente son el espacio propicio para poner a hablar a una serie de personajes anónimos que son “mediadores de Freile y constituyen un núcleo de figuras de marginados y desposeídos que representan valores y voces indígenas femeninas y afrohispanas”<sup>24</sup>, con lo cual proyectan la inconformidad del criollo santafereño. Entre estas voces puede citarse, por ejemplo, El Cacique Bogotá, “un clérigo”, Juana García, “Un español comerciando en España y Santo Domingo”, “una mujer moza y bien parecida”, Hernán Bravo, Juan Roldán, entre otros.

Como criollo, Rodríguez Freile siempre está reclamando cómo lo que trajo a los conquistadores no fue sino la ambición del oro, pues “(...) solo su nombre levantó los ánimos en dicha conquista a los españoles (...)” [4], tanto que hubo quienes pretendieron desaguar la laguna de Guatavita para encontrar El Dorado, y otros, como “un clérigo lenguaraz y como tan diestro trataba con los indios que los tenía muy gratos, y con este anzuelo les había pescado muchos santuarios, y oro enterrado que tenían”[35]; clérigo que no se detiene ni siquiera frente a la posibilidad de pactar con el diablo para obtener su beneficio. Se ve, pues, la denuncia permanente que hace del oro que extrajeron en cantidad incalculable. Freile se constituye en defensor de lo indiano, pues deja dicho que “estos naturales que antes de la conquista fue para ellos el siglo Dorado, y después fue

---

<sup>23</sup> Susan Heman, Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada “doncella huérfana”, en Boletín Cultural y bibliográfico, Bogotá: Biblioteca Luis Angel Arango, vol. XX, 1983, núm. 1, pág. 77.

<sup>24</sup> Hortensia Calvo y José Piedra, El Camero según Juana García: una manga afrofemenina de la historia colombiana, Michigan: Dispositio, vol. XIII, pág. 100

el siglo de fierro y acero, pues de todos ellos no han quedado más que unos pocos de esta jurisdicción, y la de Tunja” [64].

Estos ejemplos ilustran la **subjetivización** del discurso por parte de la voz, que ahora es la del narrador-súbdito-criollo. El aspecto referencial se ha modalizado gracias a la actitud crítica de Rodríguez Freile. Su intención de dar fe no es ajena a lo narrado. Hemos mencionado como hay una pretensión de universalizar la historia del Nuevo Mundo. En la “introducción”, el autor afirma: “(...) que ya que lo que en él [ha] acontecido no sean las conquistas del Magno Alejandro, ni los hechos del Cid el español, ni tampoco las valerosas hazañas de Julio César y Pompeyo, ni de otros valerosos capitanes que celebra la fama (...)”; [4]. Con lo cual, establece una participación subjetiva que califica -modaliza- el objeto referencial sobre el que va a tratar: aunque no son hechos de “fama”, importan porque son los de mi patria, y en la medida en que sean nombrados, elevados a expresión, adquirirán “fama”, participarán de la historia. Como afirma Voloshinov: “La experiencia fuera de su corporización en signos no existe”<sup>25</sup>.

De igual manera, las explicaciones sobre la razón de ser de las costumbres de los indígenas muestran el intento de Rodríguez Freile por incluir las realidades de su mundo en las de la historia de la salvación del alma: La monarquía del demonio quedó destruida por la acción de Nuestro Señor, pero quedaron rastros “particularmente entre gentiles y paganos que carecen del conocimiento del verdadero Dios, y estos naturales estuvieron en esta ceguera hasta su conquista, por lo cual el demonio se hacía adorar de ellos, y que le sirviesen con muchos ritos y ceremonias” [32]. Es la misma actitud *modalizadora* de dejar moraleja, no sólo de los hechos de los españoles, sino, y esto es lo original, de los hechos de los indígenas quienes adquieren, entonces, categoría de personajes históricos de carácter universal. Por ejemplo en el capítulo VII: “Ninguna monarquía del mundo, aunque se haya deshecho, ha quedado tan destruida que no haya quedado rastro de ella, como lo vemos hoy en el Imperio Romano, en lo del rey Pirro de la India Occidental, en Darío rey de Grecia, y la gran Babilonia; y otras que pudiera decir” [58]. Esta actitud es aún más notoria en la comparación entre las borracheras de los indígenas y los personajes de más “fama” de la Historia: “Nunca el mucho beber hizo provecho; y si no, dígalo el rey Baltasar de Babilonia y el Magno Alejandro” [21].

La intención de Rodríguez de dar fe adquiere, entonces, una importancia mayor, si se piensa en los debates que se llevaban a cabo por parte de las autoridades españolas y la Iglesia en torno a la calidad o no de humanos – poseedores o no de un alma – de los habitantes prehispánicos y las consecuencias legales y políticas que se expresaron en cédulas reales y en ejemplos vitales como el de fray Bartolomé de las Casas. De manera que la modalización del discurso en Rodríguez Freile comporta una definida carga ideológica en la época.

---

<sup>25</sup> Voloshinov, Op. cit., pág. 107.

Un ejemplo de estas discusiones ético-teológicas lo trae Raquel Chang-Rodríguez a propósito del cuestionamiento de Rodríguez Freile sobre el origen de los indígenas<sup>26</sup>. Leamos: “Con el descubrimiento de América, la geografía patristica sufrió en Europa un rudo golpe. San Agustín había negado la redondez de la tierra y la ortodoxia había explicado el origen de todos los pueblos conocidos. Al expandirse los horizontes científicos surgieron varias preguntas que ponían en duda estos postulados: ¿De dónde venían los nuevos pueblos americanos? (...) ¿Cuál era el derecho de los españoles sobre los pueblos del Nuevo Mundo?”<sup>27</sup>.

En relación con esto, es importante definir la caracterización de voz de súbdito-criollo, en la medida en que su forma de ser se relaciona con el “género híbrido” del que hemos hablado: esta voz, cuya intención doble es reconocer–nominar un mundo para que sea reconocido-, a la par que denunciar, se corresponde, en su mestizaje, con la realidad socio-racial-ideológica del Nuevo Mundo. Por ello, se reconoce como súbdito -“nuestra España”-<sup>28</sup>, pero reivindica y hace pública la singularidad de uno de los reinos del imperio -mi patria-: singularidad mestiza, identidad criolla.

De allí, la multiplicidad de fuentes intertextuales que animan el discurso de Rodríguez, diferente -tal vez de manera radical- del que hubieran podido producir sus familiares, los “Fresle de Alcalá de Henares”: desde la tradición oral -indígena y criolla- hasta la Biblia, San Gregorio Magno, San Agustín, Virgilio y Horacio, *el Libro de Alexandre, la General Estoria, La Celestina y el Corbacho*.

De allí, también, la ubicuidad de sus preocupaciones a favor de los indígenas, pero con el lamento del católico ortodoxo por su paganismo; partidario de algunas de las determinaciones de la Corona<sup>29</sup>, pero defensor de los derechos de los encomenderos<sup>30</sup>, como quienes realizaron la conquista; a su vez, contradictor de

<sup>26</sup> “(...) en todo lo que [he] visto y leído, no hallo asercitivamente de donde vengán o descienden estos naturales y naciones de indios, y cartagineses, otros que de aquel Tabico. Estos parece que llevan algún camino de porque van con la profecía del patriarca Jacob, respecto de aquellas otras naciones, los más de ellos sirven de jumentos de carga” [64 – 65].

<sup>27</sup> Raquel Chang – Rodríguez, El mundo colonial de El Camero, en Razón y Fábula, Bogotá: Revista de la Universidad de los andes, núm. 19, mayo – junio de 1970. Pág. 100.

<sup>28</sup> “Porque aunque para ella no fueron menester muchas armas ni fuerzas, es mucha, la que él tiene en breñas y minerales, que de ellos se han llevado a nuestra España grandes tesoros (...)”[3].

<sup>29</sup> “(...) la reina doña Ana de Austria última esposa de prudente monarca Felipe II y segundo Salomón, nuestro rey y señor natural” [110].

<sup>30</sup> Que Rodríguez Freile participaba de las reivindicaciones de los encomenderos, como hijo de españoles enraizados en una nueva tierra y por lo tanto con una visión ya mediatizada sobre las prerrogativas de la corona; se puede constatar en el redamo sobre la pena de doscientos azotes a quien abusara del trabajo indígena; así como en su solidaridad con los múltiples casos de conquistadores que, como el capitán Antonio de Sepúlveda, “al fin murió pobre y cansado” [35]. Sin embargo, esta no es una voz unívoca pues a la par con su apoyo al redamo de los encomenderos está la exaltación del gobierno de Venero de Leyva y la crítica a la anarquía de la administración: “Echóse la culpa al secretario, el secretario al amanuense, el amanuense a la pluma, con lo cual se sosegó el alboroto. Pero este auto, y el que hizo el señor arzobispo don fray Juan de los Barrios

los mismos por su codicia ilímite; y, finalmente, señalador implacable contra las arbitrariedades del poder en tierras americanas.

De allí, por último, su polifonía constitutiva: cronista, súbdito-criollo, moralista.

### LA VOZ MORALISTA Y EL ACTO COMUNICATIVO

Esta tercera instancia por tratar en nuestro análisis constituye el nivel de la representación social, en la cual Freile, consciente de su papel como miembro y partícipe DE una sociedad en proceso de formación, reconoce la presencia del “otro”, aquí representado, explícitamente, por el rey Felipe IV de España e, implícitamente, por un lector inmerso dentro de una sociedad colonial, la santafereña, y las futuras generaciones para las cuales hace memoria. Trataremos específicamente del interlocutor que acabamos de llamar “otro-implícito”, para quien el autor dispone su discurso a partir de manejos pragmáticos y retóricos que deberán ser descifrados o interpretados por esos interlocutores.

Similar a como ha ocurrido con las otras dos voces, la moralista, aparece expresa desde el comienzo cuando Freile, al referir los “casos”, dice que éstos “(...) van en la historia para ejemplo, i no para imitarlos por el daño de la conciencia. Quizá por su formación cristiana medieval, Freile siempre está o justificando, o explicando o ejemplificando las acciones de los individuos partícipes -sean indígenas, criollos o españoles- en los hechos contados en la crónica, a través de citas tomadas del ideario católico, de textos clásicos o de la coloquialidad, pero que de todas manera contienen una filosofía cristiana moralizante.

Para referirse a las acciones de los indígenas señala que “En ser lujuriosos y tener muchas mujeres, y cometer tantos incestos, al fin como brutos y bárbaros sin Dios verdadero ni ley, pues adoraban al demonio y este era su maestro, de donde se puede conocer muy claro que tales serían sus discípulos” [15]. Es una clara manifestación de los valores y preceptos cristianos, en los cuales Freile había sido formado y estaba inmerso. Desde esta perspectiva, su valoración sobre las pasiones, actitudes y costumbres como ritos, ceremonias, borracheras, celos, sexo y sensualidad, es negativa. Así mismo, emplea citas eruditas o *excursus* al estilo medieval; según Martinengo, como “(...) el medio de que se sirve el escritor para motivar e interpretar los hechos a que se refiere (...)”<sup>31</sup>. Por esta necesidad explicativa, hace comparaciones entre diferentes culturas para universalizar lo que narra.

La presencia ideológica imperante en su época determina el didactismo moralizante desde el cual Freile vio y plasmó lo neogranadino. Veamos algunas citas donde se aprecia tal percepción e intencionalidad: “(...) porque la mala conciencia no tiene seguridad en lugar alguno, y siempre anda sospechosa y sobresaltada. Al ladrón las hojas de los árboles le parecen varas de justicia, y al

---

contra las hechiceras y brujas nunca más parecieron. Lo cierto debió de ser que los echaron al fuego” [94- 95].

<sup>31</sup> Martinengo, Op. cit, pág. 283.

facineroso, cualquier sombra le asusta” [97]. Parece invitar con tal didactismo a no violar la norma divina y muestra a un Dios justiciero, el cual es principio y fin de todas las cosas: “(...) y Dios Nuestro Señor los castigó con muertes desastradas (...)” [113]; “(...) porque cuando falta justicia en la tierra, la envía Dios del cielo por el camino que menos piensa” [101].

Algunos críticos ven en estas digresiones y reflexiones filosóficas, eruditas y moralistas, sobre todo estas últimas, no sólo un elemento teórico-estructurador y universalizante de la historia contada (Martinengo), sino un elemento que ironiza el discurso y los hechos allí presentados (Susan Herman), posición que compartimos y que justifica que se diga que toda la obra está escrita “en código” y que allí mismo están los recursos para que el interlocutor la descifre.

Para finalizar esta escueta aproximación a *El Camero* queremos destacar un aspecto que salta a la vista en la elaboración del discurso: nos referimos al tipo de acto comunicativo que se establece allí. Si bien la continua apelación al interlocutor formaba parte de la retórica de la época, en Rodríguez ese elemento cobra relevancia por su insistencia y por permitir leer en ella una intención de interacción con el entorno social del que hacía parte. Es, antes que nada, la necesidad de legitimar un mundo, y, consecuentemente, exigir para él la carta de derechos de los mundos reconocidos.

Rodríguez, desde un comienzo, da indicaciones a su lector para que aprehenda el discurso en la dirección acertada: “He querido apuntar esto para más claridad en lo de adelante, y que se entienda mejor la correspondencia que este Nuevo Reino ha tenido siempre con la dicha ciudad de Cartagena, por ser la puerta, por donde el Perú y este Nuevo Reino se mandan a los reinos de España, (...)” [12].

El recurso, no obstante, es más utilizado cuando el autor quiere presentar el mosaico de la sociedad neogranadina y, por ello, interrumpe la acción para retomarla más adelante, de tal manera que se presentan acciones paralelas y dialogantes entre sí. La libertad constructiva de los acontecimientos produce un efecto de simultaneidad y parece que el lector asistiera al “hacerse” mismo de los hechos. Sin embargo, Rodríguez dirige la lectura: “(...) lo cual diré con la brevedad posible, porque me dan voces los conquistadores a quienes dejé en las lomas de Vélez guiados por el indio que llevaba los dos panes de sal “[19]. O más adelante, cuando dice: “Ponga aquí el dedo el lector que quiero acabar esta guerra” [27], y para cumplir con su interlocutor unas páginas más adelante: “con lo cual puede ya el lector quitar el dedo de donde lo puso, pues ya habrá entendido la ceremonia “ [35].

La voluntad de intervenir en las ejecutorias de su momento establece una búsqueda de la solidaridad del interlocutor: “En el interín que llega el primer presidente quiero decir dos cosas (...) para que el lector entienda que no es nuevo haber encuentros entre estos dos tribunales” [82].

A la vez establece discusiones sobre hechos presentados, en las que no sólo prima una búsqueda de la veracidad -verdad-, sino también la pregunta por la rectitud -moral-. En el caso de Juana García, por ejemplo, la explicación sobre el imaginario mágico afroamericano se sustenta teológicamente con argumentos de la Iglesia Católica: “No reparo en lo que mostró en el agua a estas mujeres porque a esto respondo: ... [86]. Porque si el diablo fue capaz de tentar a Cristo, ‘que esta demostración fue fantástica’, y lo propio sucedería con lo que mostró a las mujeres en el lebrillo. Ni tampoco hay dificultad ni reparo en la brevedad con que dio la manga (...) porque como él es el espíritu no gasta espacio, ni tiempo, sino que en un mismo punto está aquí como en Roma, porque los espíritus no perdieron el don de agilidad” [86].

\*\*\*

*El Carnero* es, a nuestro juicio, una obra que inaugura la pregunta por la identidad americana. La voz de Freile es la de la realidad mestiza, en formación, que se nutre de las influencias del mundo, como expresión de la conciencia sobre la historia universal: solo en la modernidad y, gracias al descubrimiento del continente desconocido, el hombre tuvo una percepción completa sobre lo que era el ámbito de su devenir.

El mundo americano, que empezó a ser nombrado con los primeros cronistas, encontró en Rodríguez Freile el vocero de su natural polifónico: ni europeos, ni indígenas, los americanos se constituyeron como un ser híbrido. Por eso, en la obra del santafereño, el género se alimenta de distintas formaciones y, por ello, también, más que en otras obras, la polifonía constituye el rasgo estructurador determinante.

La pregunta sobre la peculiaridad del discurso americano sigue abierta. La inquietud de Humboldt al afirmar: “(...) podemos dar por generalmente aceptado lo siguiente: que las diversas lenguas constituyen los órganos de los modos peculiares de pensar y sentir de las naciones”<sup>32</sup>, es la misma que ronda la búsqueda de la expresión americana: ¿qué hace la esencia de nuestra forma de ser, de pensar, de sentir, *de expresarnos*? *El Carnero* es una primera respuesta: devela un mundo, lo vuelve objetivable a través de la palabra, contribuye a la creación de su imaginario, deslinda campos con otros mundos, se atreve a publicar las razones y las sin razones y a exigir el reconocimiento ajeno a su singularidad.

---

<sup>32</sup> Wilhelm, Humboldt, *Escritos sobre el lenguaje*, Barcelona: Ediciones Península, 1991, pág. 7.

**BIBLIOGRAFIA**

- BAJTIN, Mijail. Teoría y estética de la novela. Trabajos de investigación, Madrid: Taurus, 1989.
- \_\_\_\_\_ Problemas de la poética de Dostoievsky, Colombia: Fondo de Cultura Económica, primera reimpression, 1993.
- BENSO, Silvia. La técnica narrativa de Juan Rodríguez Freile, en Thesaurus, Bogotá: BICC, t. XXXII, 1977, núm. 1.
- CALVO, Hortensia, y PIEDRA, José. El Carnero según Juana García: una manga afrofemenina de la historia colombiana., en Michigan: Dispositio, vol. XII.
- CAMACHO GUIZADO, Eduardo. Juan Rodríguez Freyle, en Sobre literatura colombiana e hispanoamericana, Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1978.
- CHANG – RODRÍGUEZ, Raquel. El mundo colonial de El Carnero, en Razón y Fábula, Bogotá: Revista de la Universidad de los andes, núm. 19, mayo – junio de 1970.
- CHIAMPI, Irlemar. El realismo maravilloso, Caracas: Monte Avila Editores, 1983.
- HERMAN, Susan. Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada “doncella Huérfana”, en boletín Cultural y bibliográfico, Bogotá: Biblioteca Luis Angel Arango, vol. XX, 1983, núm. 1.
- HUMBOLDT, Wilhelm. Escritos sobre e lenguaje, Barcelona: Ediciones Península, 1991.
- MARTINENGO, Alessandro. La cultura literaria de Juan Rodríguez Freyle, en Thesaurus, Bogotá: BICC, tomo XIX, 1964, núm.2.
- MIGNOLO, Walter. Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista, en Historia de la literatura hispanoamericana, Madrid: Editorial Cátedra, vol. I, 1982.
- \_\_\_\_\_ La lengua, la letra, el territorio (o la crisis de los estudios literarios coloniales), en Michigan: Dispositio, Revista de Semiótica Literaria, vol. XI, núm. 28 –29, 1986.
- MORENO – DURÁN, Rafael Humberto. El Carnero: de las crónicas de la Conquista al escándalo social de la Colonia, en Manual de Literatura Colombiana, tomo I, Bogotá: Procultura : Planeta, 1988.
- ORJUELA, Héctor. Ensayos de Interpretación y crítica. Literatura hispanoamericana, Bogotá: ICC, 1980.
- RAMÍREZ PEÑA, Luis Alfonso. Ponencia: “De la oralidad a la escritura”, leída en el simposio: “Texto e imagen: las transformaciones del discurso literario y científico en América Latina”, realizado en el Planetario Distrital de Bogotá entre el 2 y el 5 de mayo de 1995.

RAMOS, Oscar Gerardo. El Carnero, Libro único de la Colonia, en El Carnero de Juan Rodríguez Freyle, Medellín: Bedout S. A.- 1968.

RODRÍGUEZ FREYLE, Juan. El Carnero según el manuscrito de Yerbabuena, Bogotá: ICC, 1984.

VOLOSHINOV, Valentín N. El signo ideológico y la filosofía del lenguaje, Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1976.

